

# EDITORIAL

AGRADECEMOS  
AL ARCHIVO MÉXICO INDÍGENA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES —EN ESPECIAL A MARGARITA MORFÍN—, AL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS DE LA UNAM, A LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE LAS AMÉRICAS, PUEBLA, Y AL INSTITUTO NACIONAL INDÍGENISTA EL APOYO GRÁFICO BRINDADO, ASÍ COMO A LA COORDINACIÓN DE HUMANIDADES DE LA UNAM SU COLABORACIÓN EN LA PRODUCCIÓN DE ESTE NÚMERO.

- El territorio mexicano estuvo habitado durante cientos de años por distintos pueblos y culturas, hablantes de numerosas lenguas que en la construcción de la historia de nuestra nación han recibido la denominación de “prehispánicos”. La llegada de los españoles no sólo contribuyó a dicha denominación, sino que también dio inicio a una empresa de colonización cuyo resultado fue un proceso de mestizaje biológico y cultural, que sin embargo nunca logró eliminar por completo a aquellos que los europeos llamaron por confusión indios ni a su cultura.
- Desde entonces, estos pueblos han sido vistos en cada etapa de la historia como un problema para el buen desenvolvimiento del proyecto de nación. Sometimiento, exterminio, asimilación e integración son algunas de las medidas tomadas por quienes han querido dirigir sus destinos, actuando en cada época con base en la mentalidad predominante, los intereses materiales en juego, la fuerza de cada una de las partes, etcétera.
- A este respecto resulta interesante el papel que desempeñó la ciencia durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, pues así como los clérigos de siglo XVI tuvieron que dirimir el origen de los habitantes del “nuevo continente” —¿eran o no humanos?, ¿provenían de la misma pareja original que los demás?—, de igual manera los científicos decimonónicos tuvieron que responder a las interrogantes propias de su época, durante la cual las potencias industriales extendían su hegemonía a todos los rincones del planeta en un afán “civilizador”, cuya legitimidad recaía en la ciencia y su objetividad. ¿Tienen el mismo origen evolutivo que las razas europeas?, y si así es, ¿en qué grado de la escala evolutiva se ubican —por supuesto debajo de los anglosajones?
- Sin embargo, si bien los científicos europeos y estadounidenses no dudaban de la inferioridad del resto de los pueblos del planeta, quienes se dedicaban a estos temas en los demás países enfrentaban una realidad distinta. En el caso de México había un pasado glorioso difícil de escamotear, sobre todo por el empuje de la naciente arqueología —¿cómo explicar esta “degeneración”?—; pero además, la “sangre” se había mezclado a tal punto que era difícil hacer aseveraciones tan tajantes, ya que podrían incluir a casi toda la población, y como decían algunos, era demasiado tarde para proceder a un exterminio. Pero ante la demostración de los grandes de la ciencia, la inferioridad de los indios era obvia, pues el mismo Darwin lo establecía en su teoría cuando auguró un triste papel a estas “razas” en la lucha por la vida. Ante semejante dilema, la pregunta resonaba una y otra vez: ¿qué hacer con los indios?
- A más de un siglo de distancia, las respuestas aportadas por los científicos de esa época nos pueden parecer absurdas, y pueriles sus métodos para abordarlas. No obstante, se insertan perfectamente en la ciencia normal de entonces —por supuesto, con su tinte local, que es lo interesante para quienes se dedican a la historia de la ciencia en México. Lo que sí resulta absurdo, y tal vez ya no tan pueril, es que tras este tiempo transcurrido la pregunta siga vigente en un país en donde todavía se hablan más de cincuenta lenguas indígenas, y en donde alrededor de doce millones de personas son indígenas con un crecimiento poblacional mayor al de la media nacional.
- A pesar de todo, su importancia en el ámbito cultural, en la conservación de los recursos bióticos —del germoplasma a los ecosistemas—, en la innovación de proyectos productivos y en otros ámbitos más, es igualmente creciente, sin olvidar, por supuesto, su presencia en la escena política.
- Con este número, *Ciencias* busca una forma distinta de abordar esta cuestión con el interés de contribuir a la discusión y a una mejor comprensión de un problema de importancia nacional que, desde nuestro punto de vista, no se puede seguir planteando en los mismos términos de hace cien años. Quizá retomando uno de los principios en boga en la ciencia contemporánea, el de parsimonia, la pregunta a formular podría ser simplemente: ¿qué desean los pueblos indios de México?, pues escuchar su voz puede ser el primer paso para construir una nación que sea incluyente, plural, justa y democrática, que deje de ver a los indios como un obstáculo o un resabio del pasado con el cual no se sabe qué hacer. Esperamos que los textos aquí publicados contribuyan a avanzar en este sentido. ☺